

NOTA EDITORIAL

Se ha cumplido ya un año desde que se celebraron las últimas elecciones generales en España, el 14 de marzo de 2004. Se trató, sin duda, de un acontecimiento político extraordinario, distinto del resto de las elecciones generales que se han celebrado desde el inicio de la Transición de los años setenta, por las circunstancias en que se produjo y por haber constituido el inicio de un periodo de regresión y no de progreso. No era la primera vez que el terrorismo irrumpía en una campaña electoral tratando de alterar su normal desarrollo: hace apenas unas semanas, a finales del mes de enero, recordamos el asesinato de Gregorio Ordóñez mientras preparaba la campaña de las elecciones municipales que tuvieron lugar en 1995, y recordamos, atendiendo a lo que nos advierte Fernando García de Cortázar en *Gregorio Ordóñez en el recuerdo*, que sólo honrando, comprendiendo y haciendo justicia a las víctimas, podemos mantener la dignidad moral que el terrorismo pretende hacer desaparecer.

Los crímenes del 11 de marzo no fueron más brutales que otros muchos cometidos en las últimas décadas, pero estuvieron caracterizados por rasgos que *hacían posible* su utilización política. Es difícil establecer en qué medida los asesinatos que precedieron a la jornada electoral influyeron o no en sus resultados, y a nadie se le escapa que se trata de una cuestión polémica. Pero determinar la medida en que el terrorismo es capaz de alterar el sentido del voto es una tarea que merece la atención de los pueblos que desean ser libres. Más allá del juicio a que pueda dar lugar el hecho, lo cierto es que las encuestas de opinión realizadas con posterioridad a las elecciones de marzo de 2004, estudiadas detalladamente por Ricardo Montoro en *Un año después*, revelan sin dudas que en esa ocasión muchos españoles alteraron su voto como consecuencia de los asesinatos perpetrados unos días antes, y que contribuyeron sin desearlo

—así lo declaran— a la constitución de un gobierno cuyo gusto por la radicalidad, la laicidad social y el revisionismo del sistema político de 1978, no responde a sus propias preferencias.

Ese nuevo gobierno socialista, portador y rehén de una versión radical de una ideología que ha sido golpeada por la Historia, parece haber hallado su razón de ser en la demolición. También de la nación, y como consecuencia del concepto mismo de «interés nacional». En la medida en que ese interés fue promovido por el PP durante sus gobiernos y en que el PSOE ha hecho suya la convicción de sus socios parlamentarios de que la obra legislativa popular es *vox diaboli*, el nuevo gobierno parece abocado a una suerte de reproducción del infantil juego en el que se prohíbe mencionar cualquier frase que contenga una palabra previamente escogida: Partido Popular; Aznar. Esa parece ser la ocupación principal del primer gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, con los lamentables resultados que están a la vista.

En el ámbito de la acción exterior del Estado, y como explica magistralmente José Varela Ortega en *Un puente sobre el Sena o el regreso a Bruselas*, parece que la realidad persiste aun cuando el PP ha abandonado el gobierno. Y esa realidad incomoda a un PSOE que en lugar de políticas de Estado adopta poses y apadrina regímenes y personas escasamente compatibles con nuestro interés nacional: antiamericanismo, europeísmo ingenuo y acercamiento a regímenes y personajes más o menos grotescos pero siempre dispuestos a proferir algún tipo de ofensa contra nuestro país y contra nuestros principios políticos. Especialmente preocupante es que el nuevo gobierno español esté tratando de promover lo que Fernando Londoño denomina *El triunfo del neopopulismo en Latinoamérica*, la impugnación de los procedimientos y de las instituciones democráticas, la promoción de un tipo de política que haría imposible la adhesión de los Estados latinoamericanos a la UE en el caso de tratarse de Estados europeos, pero que se juzga adecuada a la «realidad americana», en un gesto de eurocentrismo casi racista difícilmente disculpable.

En el mismo sentido cabe entender la errónea posición de partida del gobierno socialista con respecto al conflicto entre Israel y Palestina, y el acercamiento ocasional a lo que Sultana Wahnón llama *El nuevo antisemitismo*.

La celebración de elecciones en Irak hizo posible que se registraran algunas de las imágenes más conmovedoras que hemos podido ver en

los últimos años. El acto de votar se convirtió para los iraquíes en un gesto que merecía arriesgar la propia vida, y su ejemplo parece haber impulsado en todo el mundo un esperanzador interrogante acerca de *las verdaderas intenciones y los verdaderos resultados* de esa posguerra. En ese mismo sentido debe entenderse la Iniciativa del Gran Oriente Medio que patrocina, entre otros, el gobierno norteamericano, una verdadera revolución en la política internacional cuyos principales contenidos expone Danielle Pletka en *El Gran Oriente Medio: una oportunidad de futuro*, y que merece la atención y el respaldo de quienes desean promover la justicia y la prosperidad en Oriente Medio y en el norte de África. Es incomprensible que el gobierno español permanezca al margen de una iniciativa que es vital para la seguridad de nuestro país, sólo porque se trata de un proyecto impulsado por los EE.UU.

En lo que se refiere a la política nacional, el desconcierto del gobierno no parece ser menor. Animado por las servidumbres a las que le llevaron los resultados electorales, pero no por ello contra su propio criterio, el gobierno ha puesto en circulación diversas maneras de negar la existencia de España tal y como es definida por la Constitución, que expresa la palabra y la voluntad de los españoles, aunque, sorprendentemente, el PSOE se empeñe en considerarla como algo distinto de éstas. En *Nación, comunidad nacional y otros conceptos no intercambiables*, Benigno Pendás nos advierte de la necesidad de mantener limpios los conceptos con que aludimos a las ideas y a las instituciones, y constata que con frecuencia damos preferencia al lenguaje de quienes son nuestros adversarios, otorgándoles así una ventaja apreciable a la hora de debatir razonadamente sobre el futuro de España como nación. Como explica Manuel Álvarez Tardío en *Los fantasmas del pasado. La revisión crítica de la Transición y el Partido Socialista*, nada permite presentar a la actual Constitución española como la expresión de una democracia defectuosa, elaborada en un «mal momento» de nuestra historia y que ahora deba ser perfeccionada para corregir las taras que supuestamente la lastran. Ese revisionismo, esa actitud crítica hacia la democracia española, encubre con frecuencia intenciones mucho más «esencialistas» o «inmovilistas» que las que denuncia, y, por supuesto, incomparablemente más que lo que el concepto de España evoca para la inmensa mayoría de los españoles. El abuso que de los símbolos y de las instituciones efectúan los partidos nacionalistas de Cataluña o del País Vasco, es evidente para cualquiera que contemple la vida política española con cierta objetivi-

dad, como trata de hacer Miquel Porta Perales en *Un visitante en la corte del nacionalprogresismo catalán*.

Y de un error a otro. Porque la evidente conversión –no sólo acercamiento– al nacionalismo que está experimentando el PSOE, parece estar llevando a algunos de sus dirigentes a adoptar también el punto de vista nacionalista sobre el terrorismo de ETA. La «búsqueda de la paz» ha sido mencionada por el Presidente del Gobierno al referirse al futuro de los miembros de la banda terrorista y a la posibilidad de que se produzca un proceso de negociación. Rogelio Alonso explora en *¿Un Gerry Adams para el País Vasco?* los peligros de las iniciativas que sugieren la conveniencia de remunerar mediante privilegios políticos el mero acto de dejar de delinquir. La «cálida acogida» que muchos políticos y medios de comunicación españoles ha dispensado a Gerry Adams durante la gira de presentación de su versión de la historia del IRA, debe ponernos alerta ante los peligros de convertir en eje de la vida política democrática a quienes se han dedicado concienzudamente a hacerla imposible, y sólo han accedido a incorporarse a ella después de constatar su propia derrota policial. Conviene que la instrucción judicial no quede en manos del criminal, y que la recreación de los hechos se apoye en testimonios diferentes de los que pueda aportar el propio acusado. No tiene sentido aceptar sin más examen la versión de ETA o del IRA sobre las razones por las que estarían dispuestas a disolverse, especialmente cuando de ellas se sigue que deben obtener una posición privilegiada en el sistema y que el proceso no es irreversible.

Finalmente, el número 6 de *Cuadernos de Pensamiento Político* incluye la segunda y última parte del estudio del profesor Philippe Nemo sobre el republicanismo francés, centrado ahora en *La doble oligarquía de la V República*, y reseña las siguientes obras: *Adiós, España*, de Jesús Laínz, a cargo de Alejo Vidal-Quadras; *Comunismo y Nazismo*, de Alain de Benoist, por Carlos Martínez-Cava; *The Case for Democracy: The Power of Freedom to Overcome Tyranny and Terror*, de Natan Sharansky, por Rafael L. Bardají; *El misterio del europeísmo español: enjambres y avisperos*, de Miguel Ángel Quintanilla Navarro, por Ignacio Fernández Bargues, y *Josep Pla. Notas para una biografía*, de Arcadi Espada, por Ignacio Torrijos.